

Perspectivas de la democracia en América Latina¹

Moisés, José Alvaro

José Alvaro Moisés: Sociólogo brasileño.

INTRODUCCIÓN

La historia de América Latina, como lo indicaron varios escritores y analistas latinoamericanos - algunos de los cuales están presentes aquí en esta mesa redonda de la SBPC y del CEDEC² - parece definirse hace varias décadas, por un movimiento pendular que oscila entre los sistemas políticos con alguna forma de participación popular, aunque sin fuerza suficiente para mantenerse, y regímenes autoritarios, excluyentes y represivos (social y políticamente) y que, por lo tanto, carecen de legitimidad popular.

No sería difícil encontrar, aquí mismo, entre nosotros, a partir de nuestros propios países de origen - Argentina, Brasil y Perú - los ejemplos que ilustran esa enorme inestabilidad política que, además del flanco que abre a las influencias externas, se refleja, inevitablemente, sobre las condiciones económicas, sociales y culturales de los pueblos de la región.

A fin de cuentas, aún están presentes para muchos de nosotros, los efectos, a veces devastadores para las formas tradicionales de dominación, de las coyunturas de advenimiento y de las coyunturas de crisis de los regímenes o de los movimientos políticos como el peronismo en Argentina, el varguismo y el nacionalismo en Brasil, y el aprismo en Perú. Ni esas formas de nacional-populismo fueron suficientes para arraigar en la sociedad las experiencias de participación democrático-popular que ensayaron, cualesquiera hayan sido ellas; ni los regímenes autoritarios, con o sin tutela militar, que los sucedieron, fueron lo suficientemente hábiles en alcanzar

¹Trabajo presentado en la mesa redonda realizada durante la 30a. reunión anual de la SBPC, 10.7.78, Sao Paulo, Brasil.

²Fueron invitados para participar en los debates los profesores Aníbal Quijano, del Instituto de Estudios Peruanos, de Lima; Ernesto Laclan, del Departamento de Política y Gobierno, de la Universidad de Essex, Inglaterra; Fernando Henrique Cardoso y José Serra, del Centro Brasileiro de Análisis y Planificación; y Francisco C. Weffort quien, como el coordinador José Alvaro Moisés, es del Departamento de Ciencias Sociales y del CEDEC, Centro de Estudios de Cultura Contemporánea, de Sao Paulo.

formas y grados de consentimiento de sus mecanismos de mando y obediencia como para hacerlos lo bastante duraderos.

Hoy, después de más de una década de autoritarismo desmovilizador - que en algunos casos, como el de Chile, llegó a representar la barbarie - la crisis de los regímenes militares y autocráticos, ya se va generalizando por toda América Latina; o alternativamente, las formas de reivindicación de participación democrática que, también acabaron por emerger un poco por todas partes, ya comienzan a indicar que tal vez estamos llegando al fin de un ciclo histórico. ¿Qué nos espera ahora, a nosotros, pueblos de América Latina?

Esa pregunta no está fuera de lugar, puesto que después de los diversos populismos de los años 40 y 50, después de las promesas revolucionarias, evocadas por la posibilidad del socialismo en Cuba e incluso por el advenimiento de la guerrilla y de la lucha armada de los años 60, asistimos y sufrimos, con todas sus consecuencias, en aquella misma década y en la siguiente, en los años 70, al advenimiento de las formas autoritarias de gobierno y de política en sus diversas modalidades. Estos regímenes, que suprimieron las libertades democráticas, bloquearon toda y cualquier forma de manifestación política y reprimieron las expresiones de la voluntad popular, se instalaron bajo la dinámica de una fuerza tan brutal y violenta que, tal vez, ni siquiera los menos pesimistas osen predecir su fin tan rápidamente.

Y, entretanto, aquí estamos hoy, delante de un cuadro tal de desagregación de los regímenes sin apoyo popular que, en Argentina, los miembros de la Junta Militar se sienten en la obligación de iniciar alguna forma de negociación con los sobrevivientes del peronismo y de los montoneros; en Brasil, los grupos dominantes, ya tan profundamente divididos entre sí, deciden promover un nuevo ciclo de "reformas" que, de alguna forma, hace concesiones a las amplias reivindicaciones por el Estado de Derecho, surgidas en el ámbito de la sociedad civil; en Perú, los propios detentores del régimen militar resuelven autoeliminar su poder a través del Plan Tupac Amaru (eufemismo que no es casual), convocando la instalación de una Asamblea Nacional Constituyente y teniendo que permitir, para ello, la reinstauración del juego político entre los partidos, incluso entre aquellos que habían sido suprimidos diez años atrás por el golpe de Estado.

¿Y por qué no recordar también otros países, incluso aquellos que, por una u otra razón, no tienen hoy representantes suyos en esta mesa redonda? ¿Por qué no recordar a Bolivia, donde la amnistía para muchos presos políticos fue conquistada por la huelga de hambre de sus mujeres? ¿Por qué no recordar asimismo a Chile,

donde la Junta dirigida por Pinochet viene prometiendo autolimitar el régimen militar y que, por razones internas y por aquellas impuestas por las presiones internacionales, es obligada a practicar, aunque en carácter parcial, la amnistía de otros presos políticos que habían sido arbitrariamente negados en sus derechos de ciudadanos?

Hoy en día es innegable que, por la fuerza de sus propias insuficiencias políticas y debilidades internas, por presión de una situación internacional que ya no divide simplemente las superpotencias en dos bloques en permanente "guerra fría", y también por su propia incapacidad de resistir las presiones que emergen en sus propias sociedades, los regímenes autoritarios latinoamericanos comienzan a prepararse para dar lugar a nuevas formas de organización política. Es innegable que comenzaron a soplar nuevos vientos que si quisieran enfrentar al actual cansancio del autoritarismo tendrían que constituirse, de una u otra manera, en algún tipo de régimen que se abra ampliamente a la participación popular. Pues, como su gran contradicción es su incapacidad actual de arraigar sus propias propuestas en los diversos segmentos sociales que forman la nación, esos regímenes no tienen otra salida que la de admitir la necesidad de alguna forma de participación de las masas en la política. Quiero decir, algún tipo de régimen democrático.

La posibilidad de apertura de una nueva fase en la historia de América Latina y el fracaso de los regímenes autoritarios en lograr el consentimiento activo de los gobernados para sus formas y proyectos de gobierno, parecen ampliar las posibilidades de instauración de formas democráticas de convivencia social y política. Nunca en la historia de América Latina la democracia tuvo tantas posibilidades de constituirse en una alternativa histórica real. ¿Estaremos preparados para convertirla en realidad?

Si es cierto que al agotamiento autoritario debe suceder alguna forma de régimen democrático con participación popular, cabe preguntar: ¿qué régimen será ese?, ¿de qué democracia se trata cuando mencionamos el actual período de transición?. O en otras palabras, ¿quiénes son los protagonistas históricos capaces de convertirse en fiadores y en garantía de 12 estabilidad de esa nueva democracia?. Y cuando esos protagonistas están presentes en forma insuficientemente organizada, ¿cuáles son las tareas que deben ser cumplidas para que ellos emerjan en la escena política con capacidad propia delante de los demás?. He aquí algunas de las preguntas que piden una discusión más profunda y que yo me permito proponer como puntos de partida para los debates.

1. **En primer lugar**, refiriéndonos al tema de la democracia, cabe preguntarnos acerca de la **legitimidad** del mismo para los países de América Latina. A fin de cuentas, como observaron varios analistas, la ausencia de democracia parece ser la verdadera historia de los países latinoamericanos. Pues, desde los análisis pioneros de Gino Germani en los años 50 (para no hablar de las observaciones de Mariátegui a comienzos de siglo), se fue estableciendo entre nosotros una visión que mostraba un proceso sucesivo de incorporación de diferentes grupos sociales en los sistemas políticos latinoamericanos. La dominación basada en la oligarquía agraria parece haber cedido lugar a la dominación oligárquico-burguesa: la cual fue sacudida por la incorporación de los sectores medios, entre los cuales se cuentan los propios militares quienes, hasta ahora, han sido los protagonistas de los regímenes autoritarios. Finalmente, en etapas más recientes, se agregó la entrada de las masas populares urbanas en la política, a través de un proceso que varios autores llamaron de "democratización por vía autoritaria" (Touraine, Weffort). Mientras que, como es sabido, en lo que respecta a las masas rurales esa democratización no significó, en muchos casos y hasta ahora, más que una simple posibilidad de manifestación de una presencia inarticulada y de demandas a veces sin canal de expresión.

Tal vez deberíamos agregar que la historia política de América Latina en este siglo parece inclinarse hacia algo como una **democratización progresiva**; sólo a veces, pues, al contrario de la experiencia política italiana - en cuyo contexto fue acuñado este término - cada vez que las masas populares intervinieron para presionar por más espacio político, incluso sin poner la naturaleza intrínseca del status en peligro, acabaron sirviendo para pretextar una reordenación imperativa del orden político que, a pesar de proclamar su carácter excepcional, implicó, de hecho, una duradera supresión del régimen constitucional y de respeto a los derechos civiles, la supresión del régimen electoral y del sistema de partidos y la supresión de las libertades, hasta la simple defensa de condiciones materiales de vida: como aconteció en Brasil en 1964, y en Argentina en años recientes.

2. **La segunda pregunta**, en cambio, consiste en una contrapartida de la primera, puesto que si bien es verdad que la democracia casi siempre cedió lugar a regímenes políticos de exclusión de las mayorías, a caudillismos civiles y militares fundados en la represión, y a regímenes excepcionales que se transformaron en permanentes, es innegable también que - como señalaron recientemente Fernando Henrique Cardoso y Enzo Falleto ella siempre estuvo presente como una aspiración. Finalmente, ¿por qué no hablar de los ideales democráticos de los "radicales" en Argentina y de muchos de los "tenientes" en Brasil, a comienzos de este siglo?. ¿Por qué no hablar de las aspiraciones populares presentes en la revolución mexicana y,

nuevamente, de los movimientos en los cuales Mariátegui fue un protagonista importante?. ¿Por qué no recordar a las masas que lucharon en el Bogotazo, a fines de los años 40?.

Incluso recientemente, estando vigentes los regímenes autoritarios con tutela militar, reapareció esa aspiración. Bastaría recordar las formas de protesta social y política que surgieron en 1969 en Argentina con el "Cordobazo": en Brasil, en Osasco y Contagem, en 1968 y, recientemente en las elecciones de 1974, cuya avalancha de votos de protesta abrió las coyunturas de apertura en las que se pudieron inscribir las recientes huelgas del ABCD, Sao Paulo y Osasco. Todos esos acontecimientos históricos fueron marcados por la aparición de un **fenómeno nuevo**, con el surgimiento de movimientos populares de base, locales o empresariales, que evocan también problemas nuevos.

Tal vez por eso, la pregunta que nos debemos hacer hoy en día sea menos el porqué de la inexistencia histórica de la democracia en América Latina, y más por qué, como alternativa y como aspiración, ella ha sido tan dejada de lado, tan postergada o tan relegada, incluso por las fuerzas políticas que se dicen comprometidas con la transformación del orden social y político en esta región del mundo.

Es aquí donde creo importante recordar que en el pasado reciente, tanto en las experiencias del nacional-populismo como en aquellas originadas directamente de la acción de la izquierda, la política que trataba de movilizar a las masas estuvo, casi siempre, embebida por una **concepción autoritaria** del poder que daba más primacía a la acción que venía desde arriba hacia abajo, que a la que venía de abajo hacia arriba. Además, no es ajena a la historia de la intervención de las masas en la política latinoamericana, la ausencia de prácticas democráticas internas en los sindicatos - que tanta importancia asumieron en nuestras historias - y en los partidos que se decían representantes de la voluntad popular. En este sentido, es casi imposible marcar muchas diferencias entre la acción de esas instituciones de la sociedad civil y el papel desempeñado, muchas veces, por los líderes carismáticos que encarnaron en la escena política la voluntad general del pueblo de la nación.

3. **Todo esto remite** a la tercera y última pregunta. Cabe indagar ahora, sobre las condiciones actuales que, eventualmente, puedan posibilitar el advenimiento de la democracia. Creo que no es irrisorio, para cuantos estén interesados en la instalación de un orden democrático verdadero en América Latina, el reconocimiento de la existencia de fisuras bastante graves en el interior de los propios regímenes autoritarios. He ahí, el punto de partida de estas reflexiones.

Aquí, la pregunta que nos debemos formular es la de saber si esas fisuras, que expresan la crisis de agotamiento del autoritarismo, constituyen además de **condición necesaria**, una **condición suficiente** para permitir el advenimiento de regímenes democráticos.

Creo que es necesario reconocer, claramente, que la única posibilidad de garantía de estabilidad para la democracia en América Latina sólo puede reposar en la formación de amplios movimientos políticos, con base en las masas populares de las ciudades y de los campos, que sean capaces, pedagógicamente, de permitir la articulación de sujetos políticos autónomos, aptos para intervenir en la política con independencia y voluntad propia. Es menester reconocer que la única garantía posible de instauración de un verdadero orden democrático solo puede ser la **calificación de agentes sociales y políticos**, para los cuales ese régimen político sea una condición y una exigencia de mejores días de existencia.

Tenemos que reconocer que la modernización capitalista en América Latina, con la instauración del orden burgués, no fue acompañada - al contrario de lo que ocurrió con el desarrollo de los países capitalistas "maduros" - por la realización de una revolución democrática que significase la creación de condiciones culturales e institucionales que garanticen un régimen político sustentado por el consenso de la mayoría. Las burguesías industriales latinoamericanas se demostraron incapaces, cultural y políticamente, de identificar y universalizar valores propios que representasen en forma de voluntad general aceptada por todos los sectores sociales. En verdad, lo que ocurrió en América Latina fue que las burguesías modernas combinaron su estilo de ejercicio del poder con las formas tradicionales de dominación, heredadas de nuestras tradiciones coloniales, elitistas y autoritarias.

Debido a todo eso, la cuestión de la democracia en América Latina es ahora una posibilidad que reposa sobre las responsabilidades históricas de las masas **desposeídas y desprivilegiadas**, porque son esos los sectores sociales interesados en ponerle fin a la miseria, que se mantiene y profundiza con los modelos de desarrollo concentradores; a la explotación de las grandes empresas multinacionales, estatales o nacionales; y a la marginalización política de las mayorías, requerida por el autoritarismo.

Pero tampoco basta tan solo señalar a las clases populares como posibles grandes garantes de una democracia estable y real en América Latina. Es una obligación reconocer que esos sectores sociales, bastante heterogéneos en nuestros países, no siempre emergen unificados políticamente en la escena histórica. Y, por eso mismo,

tal vez sea necesario indicar, como una última cuestión para el debate, la necesidad de la constitución de instituciones de la sociedad civil (partidos, sindicatos, asociaciones locales y comités de empresa) que, en forma independiente del Estado, sean capaces, por su práctica interna y externa, de proyectar para la sociedad una nueva concepción de organización económica, social, política y cultural, concepción que sea apta para amalgamar los intereses y las aspiraciones de las grandes mayorías de los pueblos de nuestros países. Frente al fracaso de las burguesías modernas para dirigir algún tipo de régimen democrático en América Latina tal vez quepa señalar que, a mediano y largo plazo, cabrá a las clases populares proponer una nueva hegemonía cultural y política que se asiente sobre la voluntad de todos, algo así como una voluntad nacional-popular, de la que nos hablaba Antonio Gramsci.

El problema en gran parte está en saber cómo es posible, partiendo de las luchas actuales de esas clases populares por la democracia, de sus acciones espontáneas, de sus movimientos moleculares y fragmentarios que, a pesar de su débil consistencia, ya plantean los temas del control de la sociedad sobre el Estado y de la democracia interna en sus decisiones, llegar a la articulación de un nuevo modo de producción social y de dirigirse políticamente.

Algunos años atrás, un autor brasileño propuso el dilema de América Latina en términos de **o socialismo o fascismo**. Pues bien, en estas últimas décadas, ni las revoluciones socialistas estuvieron muy cerca de nuestra realidad, ni los regímenes autoritarios se caracterizaron completamente como formas fascistas de denominación. En la actualidad, en cambio, tal vez habría que redefinir el dilema latinoamericano en términos de **o autoritarismo desmovilizador o de algún tipo de democracia que, en sus bases, contenga desde ya los gérmenes de una sociedad igualitaria, sin negar la libertad. En una palabra, los gérmenes de un posible socialismo democrático**. El fracaso de una alternativa de esta magnitud sí podría, tal vez, replantear el peligro del fascismo.